

Capítulo 7

DIOS ES ETERNO

En este día, nuestro corazón aprueba con alegría lo que nuestra razón nunca podrá comprender por completo: tu eternidad, oh Anciano de Días. ¿Acaso no eres tú desde la eternidad, Señor, Dios mío, mi Santo? Te adoramos a ti, Padre Eterno, cuyos años no tendrán fin, y a ti, Hijo engendrado por amor, cuyas salidas han sido desde antiguo; también te reconocemos y adoramos a ti, Espíritu Eterno, que antes de la fundación del mundo viviste y amaste en gloria igual con el Padre y el Hijo. Extiende y purifica la mansión de nuestra alma, de manera que pueda ser una habitación adecuada para tu Espíritu, que prefiere a todos los templos el corazón recto y puro. Amén.

El concepto de eternidad recorre como alta cordillera toda la Biblia, y ocupa un importante lugar dentro del pensamiento hebreo y cristiano. Si rechazásemos este concepto, nos sería del todo imposible pensar de nuevo los pensamientos de los profetas y los apóstoles: tan llenos estaban de grandes sueños de eternidad.

Puesto que algunas veces los escritores sagrados utilizaron la palabra eterno con un sentido que no va más allá de designar algo que dura por mucho tiempo (como “los collados eternos”), algunas personas han sostenido que el concepto de una existencia sin final no se hallaba en la mente de los escritores cuando usaron la palabra, sino que lo aportaron posteriormente los teólogos. Por supuesto, se trata de un serio error, y en cuanto yo pueda ver, no se fundamenta en ninguna erudición seria.

Algunos maestros lo han utilizado como una huida de la doctrina del castigo eterno. Éstos rechazan la eternidad de la retribución moral, y para mantener su coherencia, se ven forzados a debilitar toda la idea de eternidad. Ésta no es la única circunstancia en que se ha hecho un intento por destruir una verdad para mantenerla callada, a fin de que no comparezca como testigo material contra un error.

Lo cierto es que si la Biblia no enseñase que Dios posee un ser eterno, en el significado definitivo de ese término, nosotros nos veríamos impulsados a deducirlo a partir de sus demás atributos. Y si las Santas Escrituras no tuvieran una palabra para hablar de la eternidad absoluta, nos sería necesario inventar una para expresar este concepto, porque es supuesto, presentado de manera implícita y por lo general dado por seguro en todas partes a lo largo y ancho de las Escrituras inspiradas.

*El amor y la
verdad se
encontrarán;
se besarán la paz
y la justicia.
De la tierra brotará
la verdad, y desde
el cielo se asomará
la justicia. El Señor
mismo nos dará
bienestar, y
nuestra tierra
rendirá su fruto.
La justicia será su
heraldo y le
preparará el
camino.
Salmo 85.10-13*

La idea de ausencia de un fines al reino de Dios lo que el carbono es al reino de la naturaleza. Así como el carbono está presente en casi todas partes; así como es un elemento esencial en toda la materia

viva y le proporciona energía a toda vida, de igual manera el concepto de eternidad es necesario para darle sentido a toda doctrina cristiana. En realidad, no conozco un solo principio doctrinal del credo cristiano que pudiera retener su importancia, si se le extrajera la idea de eternidad.

“Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”, dijo Moisés en el Espíritu. “Desde el punto de desaparición hasta el punto de desaparición”, sería otra forma de decirlo bastante en consonancia con las palabras, tal y como las usó Moisés. La mente retrocede en el tiempo hasta que desaparece en la niebla el pasado, para después mirar hacia el futuro hasta que el pensamiento y la imaginación se derrumban exhaustos; y Dios se halla en ambos puntos, sin haber sido afectado por ninguno de ellos.

El tiempo marca el comienzo de la existencia creada, y puesto que Dios nunca comenzó a existir, no puede tener aplicación a Él. “Comenzó” es una palabra de tiempo, y no puede tener significado personal para Aquél alto y elevado que habita en la eternidad.

*Ninguna edad podrá acumular sobre ti sus años,
Dios amado. Tú eres tú mismo, tu propia eternidad.*

Frederick W. Faber

Puesto que Dios vive en un eterno presente, carece de pasado y de futuro. Cuando aparecen palabras de tiempo en las Escrituras, se refieren a nuestro tiempo; no al suyo. Cuando los cuatro seres vivientes claman ante el trono de día y de noche: “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”, están identificando a Dios con el fluir de la vida de las criaturas y con sus tres familiares tiempos; y esto es correcto y bueno, puesto que Dios ha decidido en su soberanía identificarse a sí mismo de esta forma. Sin embargo, puesto que Dios es el Increado, Él no es afectado en sí mismo por esa sucesión de cambios consecutivos que llamamos tiempo.

*¿Quién ha hecho obras
tan poderosas,
llamando a cada nueva
generación desde el
principio del tiempo?*

*Soy yo, el Señor,
el Primero y el Último;
únicamente yo lo soy».
Isaías 41.4 (NTV)*

Dios habita en la eternidad, pero el tiempo habita en Dios. Él ya ha vivido todos nuestros mañanas, así como ha vivido todos nuestros ayeres. Aquí nos podría ayudar una ilustración ofrecida por C. S. Lewis. Éste sugiere que pensemos en una hoja de papel de una extensión infinita. Eso sería la eternidad. Entonces, en ese papel, dibujemos una corta línea para representar el tiempo. Así como la línea comienza y termina dentro de esa expansión infinita, también el tiempo comenzó en Dios y terminará en Él.

Que Dios aparezca al principio de los tiempos no es algo demasiado difícil de comprender. Pero que aparezca al principio, y también al final de los tiempos, de manera simultánea, es algo no tan fácil de captar; con todo, es cierto, Nosotros conocemos el tiempo a través de una sucesión de acontecimientos. Es la forma en que damos razón de los cambios consecutivos del universo.

Los cambios no se producen todos de golpe, sino en sucesión, unos tras otros, y es la relación del “antes” con el “después” la que nos da nuestra idea del tiempo. Nosotros esperamos que el sol se mueva

de este a oeste para que el horario se mueva sobre la carátula de nuestro reloj, pero Dios no está obligado a esperar. Para Él, todo lo que va a suceder ya ha sucedido. Por eso, Dios puede decir: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo porvenir desde el principio”. Él ve juntos el final y el principio.

“Porque la duración infinita, que es la eternidad misma, incluye toda sucesión”, dice Nicolás de Cusa, “y todo lo que nos parece a nosotros hallarse en sucesión, no existe posteriormente a tu concepto, que es la eternidad... Así, porque tú eres Dios Todopoderoso, habitas dentro de los muros del Paraíso, y estos muros son esa coincidencia donde lo posterior es uno con lo anterior; donde el final es uno con el principio, donde el Alfa y la Omega son las mismas... Porque el ahora y el entonces coinciden en el círculo de los muros del Paraíso. Pero, Dios mío, Absoluto y Eterno, tú existes y pronuncias tus palabras más allá del presente y del pasado.”

Siendo ya de edad muy avanzada, Moisés escribió el Salmo que antes cité en este capítulo. En él celebra la eternidad de Dios. Para Moisés, esta verdad es una sólida realidad teológica, tan firme y fuerte como aquel monte Sinaí con el que estaba tan familiarizado, y para él, tenía dos significados prácticos: puesto que Dios es eterno, puede ser y continuar siendo para siempre el único refugio seguro para sus hijos zarandeados por el tiempo. “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación.”

*Y la manera de
tener vida eterna es
conocerte a ti, el
único Dios
verdadero, y a
Jesucristo, a quien
tú enviaste a la
tierra.
Juan 17.3 (NTV)*

El segundo pensamiento es menos consolador: puesto que la eternidad de Dioses tan larga, y nuestros años tan cortos, ¿cómo vamos a establecer las obras de nuestras manos? ¿Cómo vamos a escapar a la abrasiva acción de los acontecimientos que tratan de agotarnos y destruirnos? Dios llena y domina el Salmo, de manera que es a Él a quien Moisés dirige su dolorida petición: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría.” Que el conocimiento de tu eternidad no sea desperdiciado en mí.

Sería prudente para nosotros, que vivimos en esta época nerviosa, meditar sobre nuestra vida y nuestros días de forma larga y frecuente ante la faz de Dios, y al filo de la eternidad. Porque estamos hechos para la eternidad, tan cierto como estamos hechos para el tiempo; y como seres morales responsables, debemos enfrentarnos a ambos. “Ha puesto eternidad en el corazón de ellos”, dijo el Predicador, y yo creo que aquí presenta tanto la gloria como la miseria de los hombres.

Estar hechos para la eternidad, y verse obligados a habitar en el tiempo, es para los humanos una tragedia de proporciones gigantescas. Dentro de nosotros, todo clama por la vida y la permanencia, y todo lo que nos rodea, nos recuerda la mortalidad y el cambio. Con todo, el que Dios nos haya hecho del material de la eternidad es tanto una gloria que aún no se ha convertido en realidad, como una profecía que aún no se ha cumplido.

Espero que no se me considere repetitivo de forma indebida si de nuevo vuelvo a ese importante pilar de la teología cristiana que es la imagen de Dios en el hombre. Las marcas de la imagen divina han quedado tan oscurecidas por el pecado, que no son fáciles de identificar, pero ¿no es razonable creer que una de esas marcas pueda ser esa insaciable ansia de inmortalidad que tiene el hombre?

“Tú no nos vas a dejar en el polvo; tú hiciste al hombre, él no sabe por qué; piensa que no fue hecho para morir, y tú lo has hecho; tú eres justo.” Así razona Tennyson, y los instintos más profundos del corazón humano normal están de acuerdo con él. La antigua imagen de Dios susurra dentro de cada hombre sobre la esperanza eterna; él seguirá existiendo en algún lugar. Con todo, no se puede regocijar, porque la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo le perturba la conciencia, atemorizándolo con pruebas de su culpabilidad y evidencias de la muerte que se aproxima. Así es molido en el molino, entre la rueda superior de la esperanza, y la rueda inferior del temor.

“Ha puesto eternidad en el corazón de ellos”, dijo el Predicador, y yo creo que aquí presenta tanto la gloria como la miseria de los hombres. Estar hechos para la eternidad, y verse obligados a habitar en el tiempo, es para los humanos una tragedia de proporciones gigantescas. Dentro de nosotros, todo clama por la vida y la permanencia, y todo lo que nos rodea, nos recuerda la mortalidad y el cambio.

Con todo, el que Dios nos haya hecho del material de la eternidad es tanto una gloria que aún no se ha convertido en realidad, como una profecía que aún no se ha cumplido. Es aquí precisamente donde se hace evidente la dulce relevancia del mensaje cristiano. “Jesucristo... quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” Así escribía el más grande de todos los cristianos poco antes de salir al encuentro con su verdugo. La eternidad de Dios y la mortalidad del hombre se unen para persuadirnos de que la fe en Jesucristo no es optativa.

*El Dios eterno
es tu refugio;
por siempre te
sostiene entre sus
brazos. Expulsará de
tu presencia al
enemigo y te
ordenará que
lo destruyas.
Deuteronomio 33:27*

Para cada uno de los hombres se trata de escoger entre Cristo, o la tragedia eterna. Nuestro Señor salió de la eternidad y entró al tiempo para rescatar a sus hermanos humanos, cuya locura moral los había convertido, no sólo en necios del mundo pasajero, sino también en esclavos del pecado y de la muerte.

*Una breve vida es lo que nos toca aquí,
Breve angustia, cuidado de corta vida;
la vida que no conoce fin,
la vida sin lágrimas, está allí.
Allí a Dios, nuestro Rey y Herencia,
en la plenitud de su gracia
veremos para siempre,
y adoraremos cara a cara.*

Bernardo de Cluny